

LA LUZ QUE BRILLÓ EN LA HORA MÁS OSCURA. CENTAUROS DEL SOL: PASIÓN Y MUERTE DEL REGIMIENTO ALCÁNTARA

Sergio DUCE BORAO



*Ataca con valor, a caballo eres fuerte,
y lucha cuerpo a cuerpo con la muerte...*

Himno del Arma de Caballería del Ejército de Tierra



A historia de las naciones está plagada de numerosos acontecimientos que, por diferentes motivos y posterior devenir, han quedado marcados en la memoria colectiva de los pueblos. En el caso de España, nuestro rico pasado es reflejo de muchas efemérides, gloriosas y trágicas a la par, que en ocasiones han caído en el olvido de un pueblo que no siempre ha sabido recordar a sus héroes como éstos merecían.

En el año 2021 se conmemoraron dos acontecimientos de hondo carácter histórico que tuvieron un gran impacto en las sociedades de la época. Por un lado, la decisiva victoria en la batalla de Lepanto en 1571 —a la cual invocamos los marinos en nuestro himno—, y por otro, el desastre de Annual en 1921, evento este último cargado de un aura de tragedia nacional con importantes secuelas políticas posteriores.

Sin embargo, y como ocurre en tantas otras páginas de nuestra historia que preferimos no recordar, en los capítulos más difíciles y oscuros se erigieron personajes que arrojaron luz con la que elevar el orgullo, incluso en la derrota. El granadero Martín Álvarez en el cabo de San Vicente, Gravina y Churruca en Trafalgar o el almirante Cervera en Cuba son ejemplos de personalidades que,

ante el fracaso, supieron guiarse por el honor y el cumplimiento del deber hasta las últimas consecuencias.

Pese a esa altura moral, es habitual que nuestro país deje caer en el olvido a auténticos hombres extraordinarios que en momentos críticos supieron actuar de una manera ejemplar. Esta realidad representa a la perfección a uno de los mayores referentes de liderazgo y entrega en nuestra historia militar reciente: los jinetes del Regimiento de Caballería Alcántara n.º 14, con el teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja al frente, durante el tristemente conocido como desastre de Annual.

Annual, la tragedia que conmocionó y avergonzó a todo un país

El desastre de Annual fue el calificativo con el que la historia bautizó a aquellas jornadas de julio y agosto de 1921, en las que se escribió una de las hojas más tristes, vergonzosas y trágicas de la historia de España del pasado siglo. En Annual se cumplió la máxima que afirma que fallando en la preparación, uno se prepara para el fracaso. Y así fue; la tragedia que nuestro ejército sufrió aquel verano puso de manifiesto la pésima preparación y planificación de las operaciones militares con las que se trataba de controlar el sector oriental del protectorado español de Marruecos.

El interés colonial de España en Marruecos se intensificó tras la primera guerra hispano-marroquí a mediados del siglo XIX, con la que se consigue extender la presencia territorial española más allá de Ceuta, Melilla y diversos peñones, si bien los acontecimientos de finales de la centuria, con la pérdida de las últimas posesiones de ultramar, van a ser el caldo de cultivo para justificar posteriores acciones expansivas en el norte de África.

Tras la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, el país, y su ejército especialmente, se adentraron en un nuevo siglo profundamente marcado por la derrota. Paralelamente, las principales naciones europeas se encontraban inmersas en fuertes tensiones por las ansias expansivas coloniales de éstas en el continente africano, siendo Marruecos uno de los escenarios de esas disputas. Estos antagonismos consiguen disiparse en cierta medida gracias a la Conferencia de Algeciras de 1906, en la que se decide que Francia al sur y España al norte establezcan un protectorado sobre el territorio marroquí. Este acuerdo se verá reforzado con el Tratado de Fez de 1912, en el que se ratifica la demarcación del protectorado español de Marruecos.

Muchos, en el estamento militar especialmente, vieron en ello una oportunidad para resarcirse de la reciente humillación que había supuesto la derrota en la guerra de 1898 y la pérdida de las últimas colonias. Establecer un dominio militar en un nuevo territorio permitiría al ejército dejar de lamerse heridas pasadas, a la par que reforzaba el sentimiento de patriotismo, que por extensión apuntalaría el régimen político de la Restauración. Sin embargo, el territorio



El barranco del Lobo en la actualidad; al fondo, Melilla. (Foto: www.wikipedia.org)

que a España le fue asignado en estos tratados distaba de ser un tranquilo oasis. El norte de Marruecos, en su zona oriental, acoge una región denominada el Rif, caracterizada por su complicada orografía, la escasez de recursos y por la resistencia y desconfianza de una población que, reunida en tribus o cabilas, se había mostrado siempre combativa ante la presencia de actores extranjeros.

Pese a las dificultades que la conquista del terreno presentaba, el impulso del rey Alfonso XIII y de su gobierno, de algunos oligarcas y de las altas instancias del Ejército hicieron que España se lanzara desde 1909 a llevar a cabo operaciones militares en su área de responsabilidad. Ya ese mismo año se sufrieron derrotas que fueron la antesala del calvario que habría de vivirse doce años después. La emboscada del barranco del Lobo y las dificultades en la toma del monte Gurugú, en las que se sufrieron cientos de bajas, son algunas de las muestras de la complejidad que la empresa marroquí iba a suponer para nuestras tropas si no se actuaba con prudencia y profesionalidad.

Tras tímidos avances en la primera década del siglo, alcanzamos el año 1920 con la llegada del general Fernández Silvestre a Melilla como comandante general de la plaza. Éste, que contaba con gran prestigio y con la confianza y simpatía del rey al haber ejercido como edecán pocos años antes, diseñó un plan con el que poder extender el área de control española en el Rif, tratando de enlazar Melilla y la bahía de Alhucemas. El control efectivo del territorio pasaba inevitablemente por la sumisión de todas las cabilas locales, aun cuando algunas

de ellas nunca habían sido dominadas por ninguna potencia extranjera e incluso se mostraban hostiles al mismo sultán de Marruecos.

Inicialmente el plan de Silvestre apenas encontró dificultades. Sin prácticamente enfrentamientos armados, las reducidas bajas en los primeros meses y la supuesta sumisión de las cabilas que quedaban a retaguardia en el territorio ya controlado generaron confianza y optimismo en el general, lo que le llevaría a cometer sucesivos errores de planeamiento que resultarán fatales en el verano de 1921. A medida que se avanzaba en el terreno, se establecían posiciones, denominadas blocaos, en ubicaciones que podían comprometer futuras operaciones de apoyo, con difícil acceso a reservas de agua y a la provisión de suministros, y donde se daban malas condiciones de vida y con una tropa no correctamente adiestrada y pertrechada para una operación en ese escenario. Posiciones muchas de ellas que, como reveló el Expediente Picasso que investigó los sucesos del desastre de Annual los meses posteriores a la tragedia, carecían de opciones reales de resistencia en caso de que el enemigo decidiera atacar.

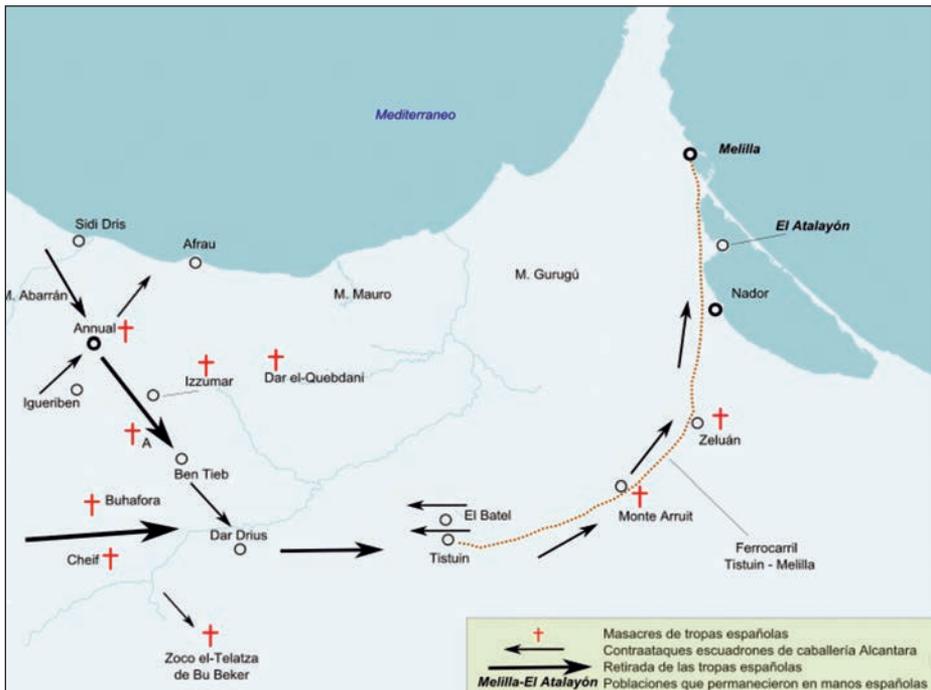
Fue muy reveladora la declaración del teniente coronel de Infantería Fernández Tamarit en dicho Expediente sobre el planeamiento y ejecución de las operaciones en los meses previos al desastre: «Hemos sido, como de costumbre, víctimas de nuestra falta de preparación, de nuestro afán de improvisarlo todo y no prever nada. Lo que la patria necesita es un ejército que triunfe y se prepare en los períodos de paz, porque en la guerra no se perdona el fallo». Una mala planificación operacional y una peor gestión de recursos materiales y humanos fueron las causas de que tras doce años de presencia y expansión española nunca se dispusiera de un ejército realmente preparado para operar en ese teatro de operaciones.



Blocao o posición de Igueriben en el año 1921. (Foto: *efs.efeservicios.com*)

De este modo, llegado el mes de junio de 1921, el líder tribal Abd el-Krim, perteneciente a la cabila de los Beni Urriagel, ya había conseguido adherir a su causa un ejército de varios miles de hombres con el objetivo de frenar el avance español, hacerlo retroceder hasta Melilla y causar el mayor número de bajas posible. El empuje de tropas locales, conocedoras del terreno y de su dureza, pondrá de manifiesto el equivocado planeamiento y la deficiente preparación de las tropas españolas. La rapidez con que la cima de Abarrán fue sitiada y recuperada por las jarcas rifeñas apenas cuatro horas después de haber sido tomada por los españoles el 1 de junio, arrebatando material bélico y mostrando una fiereza y crueldad destacables, se manifestará como el prólogo del desastre que se avecinaba sobre las tropas españolas en las semanas venideras.

Espoleados por ese primer triunfo en Abarrán, una de las cabilas, la de los Beni Said, se lanzó a la toma de la posición de Sidi Dris que, muy próxima a la costa, estaba protegida por 145 hombres al mando del comandante de Infantería Julio Benítez, al cual mencionaremos en próximos párrafos. Esta plaza sufrirá un intenso hostigamiento los días 2 y 3 de junio, siendo sólo reforzada por una sección perteneciente al cañonero *Laya* de la Armada, el cual se encontraba



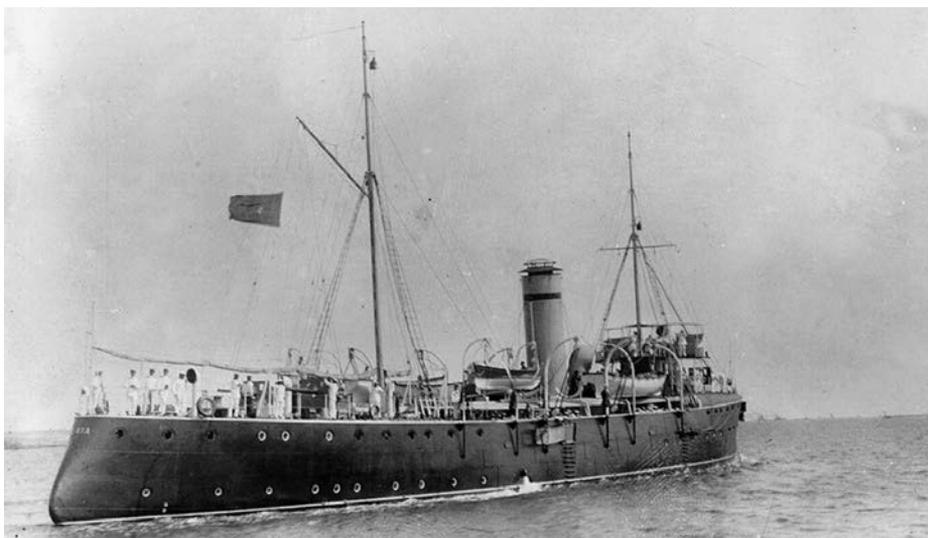
Mapa del Rif y posiciones involucradas en el desastre de Annual en 1921.

(Foto: www.wikipedia.org)

patrullando en la zona. El buque ofreció apoyo de fuegos desde la mar con sus cuatro montajes de tres pulgadas y un trozo de desembarco de 15 marinos, al mando del alférez de navío Pedro Pérez de Guzmán, que reforzó la posición en tierra y contribuyó a que Sidi Dris no cayera en manos rifeñas. Tras el primer serio aviso del mes de junio, Igueriben sería el nuevo objetivo de las cabilas rifeñas y el primer episodio del desastre, que durará tres semanas.

También fue el primer blocao que sucumbiría, tras ser cercado y atacado durante cuatro días. En el momento de ser tomado por el enemigo, había agotado todas sus reservas de agua hacía cuatro días, teniendo el pozo más cercano a más de dos kilómetros, al que se llegaba a través de un camino desprotegido para nuestras tropas. Nueva muestra del mal planeamiento realizado desde la Comandancia General de Melilla, sumado al hecho de que a primeros de julio, y ante una situación altamente preocupante, el general Silvestre autorizó permisos y la licencia de más de tres mil veteranos soldados de reemplazo, mermando con ello el número de efectivos disponibles conocedores del entorno para acciones armadas.

Las cabilas fieles a Abd el-Krim ya habían adoptado posiciones firmes el 17 de julio, desde donde empezaron a cercar y hostigar la plaza de Igueriben sin descanso. Este cerco consiguió romper la cadena de suministros desde el campamento de Annual, quedando sólo esperar a que la sed, el hambre y la falta de municiones hicieran caer esa posición. Ante la imposibilidad de enviar refuerzos, víveres y sobre todo agua, tras varios intentos que fueron repelidos por los rifeños,



Cañonero *Laya*, participante en la operación de apoyo a Sidi Dris.
(Foto: *todoavante.es*)

el campamento caerá en la mañana del 21 de julio. Resuenan aún en esa posición las últimas palabras transmitidas mediante heliograma al campamento de Annual por el comandante Julio Benítez, defensor de Sidi Dris seis semanas antes, que ha decidido luchar hasta el final junto a los efectivos que aún aguantan tras cuatro días de asedio sin agua: «Los de Igueriben mueren, pero no se rinden. Nos quedan doce cargas de cañón, que empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contadlas y al duodécimo disparo, fuego sobre nuestra posición...». Junto a la actuación de los jinetes del Regimiento de Caballería Alcántara, éste



Sangre por agua, de Augusto Ferrer-Dalmau

es uno de los pasajes más heroicos y ejemplares de aquellos tristes días, de hombres que aguantaron hasta el límite de sus posibilidades y decidieron morir enfrentándose a un enemigo muy superior en número.

La caída de Igueriben provocará que el campamento de Annual sea rápidamente cercado por las jarcas rifeñas dada la proximidad de ambas posiciones, además de aumentar la inquietud y el miedo de los miles de soldados guarnecidos en él. El general Fernández Silvestre, que ha acudido en la mañana del día 21 a Annual, sabe que no llegarán refuerzos a tiempo que permitan romper el cerco y que apenas dispone de cuatro días de reserva de munición. Es entonces consciente de que su plan ha fracasado y que la línea de frente que tan rápido había conseguido establecer se iba a derrumbar cual castillo de naipes. Por ello, con un enemigo muy numeroso y crecido, y ante los ejemplos de los asaltos y matanzas en Abarrán e Igueriben, ordena que al amanecer del día siguiente, 22 de julio, el campamento de Annual sea evacuado en dirección a Dar Drius, intentando salvar así el mayor número de efectivos y pertrechos que sirvan para recomponer las fuerzas propias y proteger posiciones próximas a Melilla, que empieza a verse en franco peligro.

Esta retirada de nuevo adolecería de un adecuado planeamiento, sumado a que tanto la posición como el camino de huida hacia posiciones de retaguardia estaban cubiertas por rifeños, lo que acabaría desencadenando el pánico entre gran parte de la oficialidad y la tropa. Al alba del día 22, Annual se encuentra rodeada por aproximadamente nueve mil rifeños, mientras que en su interior cinco mil quinientos militares españoles, desconcertados y sin un plan de evacuación, se convierten en objetivos de los asaltantes.

El general Silvestre trata de retrasar y de dar a conocer la orden de la retirada al máximo posible para evitar el caos en la milicia, pero no consigue su propósito. Desde la madrugada del día 22, los rifeños hostigan el campamento, a la vez que se refuerzan con las primeras luces del alba. Cuando poco antes del mediodía tratan de organizarse las columnas de evacuación, una mezcla de miedo y caos hacen que un ejército descabezado y sin ningún orden comience a abandonar la posición de Annual. Tristes serán los ejemplos de muchos jefes y oficiales que incluso arrancaron las estrellas y divisas de sus uniformes, renunciando a dirigir a las tropas que tenían a su cargo. El periodista Víctor Ruiz Albéniz escribirá poco después, tras recabar testimonios de supervivientes: «La confusión llevó a una huida loca sin que nadie fuera capaz de contenerla. Las fuerzas de la Policía indígena, al ver el desastre y la proximidad del enemigo, hicieron causa común con él y empezaron a disparar a bocajarro sobre los nuestros».

Aquel sálvese quien pueda a través de un camino protegido por los rifeños significará la matanza de más de dos mil soldados españoles en aquella aciaga jornada. En apenas unas horas se perderá un terreno que costó años conquistar, y en su repliegue numerosas posiciones intermedias caerán, dejando el camino hacia Dar Drius a merced de los rifeños, que aniquilarán a las tropas españolas en desbandada. El general Silvestre caerá en el campamento de Annual



Crucero *Princesa de Asturias*. (Foto: archivo RGM)

suicidándose en su tienda, si bien otros testimonios afirman que murió luchando hasta ser abatido. El coronel de Caballería Manella, jefe del Regimiento Alcántara y en aquel momento responsable de la circunscripción de Annual, fallecerá combatiendo una vez que los rifeños logran penetrar en el campamento.

Dentro del derrumbe de toda la línea de frente, cabe destacar cómo las posiciones de Sidi Dris y Afrau en la costa fueron auxiliadas por el crucero *Princesa de Asturias* y los cañoneros *Lauria* y *Laya* durante los días 23, 24 y 25 de julio. Esta asistencia se prestó mediante el apoyo de fuego naval, en un intento por evitar el asalto de las cabilas rifeñas sobre esas posiciones y evacuar al personal y pertrechos por mar una vez que la resistencia de los blocaos era inviable. El resultado no fue muy fructífero, ya que el empuje enemigo sobre unas plazas carentes de agua, víveres y munición llevó a la desesperación a los que allí resistían, siendo también los medios navales objeto de ataques por parte de los rifeños. De los aproximadamente trescientos efectivos que se encontraban en esas posiciones, sólo dieciocho pudieron ser evacuados por los buques de la Armada. Sus embarcaciones eran constantemente atacadas cuando se aproximaban a la playa para rescatar a sus compañeros del Ejército, y más de treinta soldados fueron abatidos cuando trataban de embarcar en los botes. En la última acción de rescate que se intentó, la del día 25, resultó herido el alférez de navío José María Lazaga, que fallecería pocos días después en Melilla; actualmente se encuentra enterrado en el Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando.

Al finalizar la jornada del día 22 de julio, el general Navarro, segundo de Silvestre en la Comandancia General de Melilla, se encontraba en la posición de Dar Drius, a 20 kilómetros al sudeste de Annual, con los restos de las columnas que habían conseguido alcanzar dicho campamento. Esta ubicación, pese a tener mayor cercanía con la aguada y con las reservas de munición, no se consideraba segura por las noticias del levantamiento de nuevas cabilas próximas que, ante el derrumbe de Annual y la visión de un ejército en huida, vieron una oportunidad para el saqueo y la rapiña. Y si bien el alto comisario de España en Marruecos, el teniente general Dámaso Berenguer, ordenó inicialmente a Navarro aguantar la posición en Dar Drius a la espera de refuerzos procedentes de Ceuta, el nuevo escenario de una posición cercada por los rifeños llevó a Navarro a decidir el repliegue hacia el este, a Batel primero y posteriormente al fuerte de Monte Arruit.

En esta nueva retirada, el ejército habría de transitar por un camino plagado de enemigos dispuestos a seguir mermando las fuerzas españolas. Aunque volvieron a sucederse momentos de caos, desorden y desbandada por parte de las tropas, se vivirán también las gloriosas horas en las que una serie de



Las cargas del río Igan el 23 de julio de 1921, de Augusto Ferrer-Dalmau

jinetes escribirán una de las páginas más brillantes de la historia militar española. Los jinetes del Regimiento Alcántara iban a erigirse como héroes, dejándonos uno de los mayores ejemplos de valor, honor y sacrificio jamás visto.

Centauros del sol: pasión y muerte del Regimiento de Caballería Alcántara n.º 14

Los anteriores párrafos han tratado de poner al lector en situación de entender cómo ese cúmulo de errores y sombras llevaron inevitablemente a la tragedia que se vivió en los últimos días de julio y primeros de agosto de 1921. Si bien, aunque pareciera que a los españoles sólo nos ocurren desgracias, trances similares fueron sufridos por otras naciones europeas allí donde intentaron establecer un poder colonial.

Sin embargo, en la gran mayoría de las fatalidades nacionales tenemos ejemplos que en cierto modo nos reconfortan en que no todo fue tan malo, que mantienen viva la esperanza en que lo mejor de nosotros, incluso en los momentos más complicados, siempre aflora. Y eso fue lo que unos cuantos jinetes nos legaron a los que hoy continuamos en la carrera de las armas. El buen hacer de aquellos cientos de hombres a caballo nos muestra una extraña combinación de gloria en el fracaso y de héroes en la derrota.

La actuación del Regimiento Alcántara no fue un simple arranque de valor puntual. La veterana unidad de Caballería nacida en el siglo XVII llevaba desde septiembre de 1911 encuadrada en la Comandancia General de Melilla, por lo que estuvo implicada en numerosas operaciones armadas durante esos diez años, así como en la expansión del general Silvestre iniciada en 1920. En julio de 1921 estaba al mando del Regimiento el coronel del Arma de Caballería Francisco Manella y Corrales, del que había tomado posesión en mayo de ese mismo año, y en el momento del desastre se encontraba como jefe de la circunscripción de Annual en esa posición, donde moriría combatiendo tras el asalto rifeño. Este hecho hizo que en la célebre actuación del Regimiento los días 22 y 23 de julio destacara la figura del segundo de Manella, el teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja. Éste llevaba destinado en el Alcántara desde enero de 1920, lo que le permitió entrar en combate hasta en seis ocasiones en los meses previos a los eventos de julio de 1921 y conocer mejor que su jefe el terreno y el empleo táctico de la unidad en el campo de batalla. En párrafos posteriores destacaremos su figura como uno de los mayores ejemplos de entrega y liderazgo que la historia militar española nos ha legado.

El Regimiento Alcántara recibió la orden de posicionarse en el campamento de Dar Drius el día 20 de julio, un día antes de la caída de Igueriben y del inicio de la debacle. Al anochecer, confiaban en que Igueriben sería aprovisionado desde Annual y la gravedad de la situación cesaría. Nadie esperaba la inminencia del desastre.



Junto a los héroes de Alcántara, de Augusto Ferrer-Dalmau

El 21, pocas horas antes de la pérdida de Igueriben, escoltan a caballo al general Silvestre, que se persona en Annual para mandar la última operación de rescate sobre la posición, aunque resultará infructuosa como las anteriores. Consciente Primo de Rivera de la gravedad de la situación, pide que se mande a sus escuadrones a reforzar las columnas de socorro, lo que, si bien Silvestre considera en un principio, finalmente no aprobará. Al anochecer, el Regimiento tiene orden de regresar a Dar Drius, desde donde se desplegará al día siguiente, de nuevo hacia Annual, para proteger la retirada de las fuerzas españolas, que Silvestre ya ha decidido ante lo desesperado de la situación.

El 22 de julio al alba, día de la caída de Annual, los escuadrones del Regimiento reciben una nueva orden de desplegarse en el camino hacia Annual para levantar una posición desde la que proteger la retirada de las fuerzas hacia Ben Tieb, a mitad de camino entre Annual y Dar Drius. Estos trabajos, apenas comenzados, se anulan al ordenarse acudir a Izummar, más cerca de Annual, para proteger la retirada de las fuerzas de Silvestre, que ya es caótica en aquel momento. Ante la inminencia de entrar en combate, Primo de Rivera manda aligerar peso de los corceles. Sin embargo, no son capaces de llegar a la nueva posición al ser alcanzados por la primera columna que había abandonado Annual, y huyen en un completo desorden. En ese instante, se enteran de que tanto el

comandante general como el coronel Manella, jefe de su regimiento, han muerto en Annual, por lo que Primo de Rivera asumirá el mando con carácter accidental.

El panorama asombra a los jinetes, una fuerza propia sin organización, asustada, con oficiales que no asumen su responsabilidad y huyen mezclados con la tropa, abandonando armas y pertrechos. Ante ese escenario, Primo de Rivera ordena formar en línea a todos sus efectivos, con lo que logra en cierto modo contener la desbandada y organizar una columna que pueda avanzar con cierta disciplina. Pero el ataque de los rifeños se intensifica, provocando de nuevo el caos. Ésta será la ocasión en que Primo de Rivera, consciente de la dificultad, pronunciará la famosa arenga por la que ha pasado a la historia: «La situación, como ustedes verán, es crítica. Ha llegado el momento de sacrificarse por la patria, cumpliendo la sacratísima misión de nuestra arma. Que cada uno ocupe su puesto y cumpla con su deber».

La labor del Alcántara se centra en proteger los flancos y la retaguardia de la columna, tratando de no dejar heridos fuera de ella. La compañía de ametralladoras es fundamental para dirigir el fuego propio sobre las trincheras y los parapetos desde donde los rifeños disparan. De este modo, superan el asentamiento de Izummar, ya destruido, y llegan a la posición de Ben Tieb habiendo sufrido ya sus primeras bajas, donde el Alcántara se reorganiza y continúa escoltando el camino de las fuerzas propias en retirada, prestando incluso parte de sus caballos para el traslado de heridos. El nuevo objetivo será llegar hasta la posición de Dar Drius, de donde habían salido esa mañana.

Al ocaso de ese día 22, primero del desastre, era difícil cuantificar las bajas entre efectivos fallecidos y hechos presos por el enemigo, aunque la cifra superaba con creces el doble millar y aún podría haber sido mayor si el Alcántara no hubiese entrado en escena, siendo decisivas las diversas cargas de los escuadrones contra posiciones rifeñas. A su vez, ya había dado muestras de ser una de las pocas unidades que no había sucumbido al caos y a la desesperación de una retirada incontrolada. Su cohesión y el asumible número de bajas harán que el general Navarro le confíe la seguridad de la plaza durante esa noche, en la que habrá de evaluar el nuevo escenario.

El 23 de julio, el llamado «día inacabable», comienza a las cuatro de la madrugada. La primera misión encomendada al Alcántara será proteger la retirada de dos posiciones próximas a Dar Drius —Cheif y Karra Midar—, aunque éstas, hostigadas por los rifeños, son finalmente abandonadas en la misma mañana para dirigirse a Dar Drius. En los caminos escarpados, la actuación de los diversos escuadrones del Alcántara permite minimizar el número de bajas, llegando incluso a las cargas al sable contra las posiciones del enemigo, que se repetirán sobre las guarniciones de Tafesit y Azib de Midar.

Acerca de estas primeras acciones, el teniente de Infantería Gilaberte declaraba en el juicio para concesión de la Laureada al teniente coronel Primo de Rivera lo siguiente: «La actuación del Regimiento Alcántara en estos episodios fue admirable y su estado de disciplina y moral inmejorable; tanto que, para los

que veíamos desde Drius, fue un verdadero espectáculo de instrucción táctica, como si nada anormal ocurriera. Su desfile fue lento; su despliegue en ala, simétrico, y su marcha hacia el enemigo muy organizada; su eficacia fue también indudable».

A mediodía, el general Navarro considera que Drius podría correr la misma suerte que Annual, por lo que ordena el repliegue hacia Batel en la confianza de poder recibir refuerzos desde Melilla con mayor facilidad. La columna de Navarro, que alcanza los tres mil hombres, tendrá como objetivo la protección del Alcántara. En su camino habrá de cruzar por el cauce del río Igan, terreno de complicada orografía en el que se han quedado bloqueadas fuerzas españolas y camiones que transportan heridos. Es entonces cuando el general Navarro ordena a Primo de Rivera acudir a ese punto con todos sus efectivos para abrir el paso al grueso de la columna, en un punto con fuerte presencia rifeña, deseosa de impedir su paso por un terreno que ofrece una trinchera natural desde la que hostigar a las fuerzas españolas en retirada.

Ésta será la acción que traerá la muerte y la gloria a los jinetes del Alcántara y la última en la que el Regimiento operará como una unidad en sí misma. Los diversos escuadrones que flanquean el camino por el que han de pasar las tropas de Navarro se reúnen al llegar al cauce seco del río Igan para recibir las últimas instrucciones de su jefe de unidad. En términos similares al día anterior, les arenga al necesario sacrificio en el cumplimiento del deber. A partir de entonces se sucederán las cargas de caballería, sable en mano, sobre todas las posiciones rifeñas que pudieron ser identificadas. En todo momento se mantuvo la estructura de unidad, sin ninguna desertión y con la misma táctica de división en secciones y escuadras para cubrir el mayor número posible de posiciones enemigas, atacarlas, reagruparse tras cada acción y embestir de nuevo mientras hubiera medios y fuerzas. Incluso la épica que rodea a muchos relatos posteriores a esta actuación cuenta que la última carga del Alcántara hubo de realizarse al paso por el cansancio de los equinos.

El *Memorial de Caballería* de agosto de 1921, una vez se tuvieron los primeros testimonios de la actuación del Alcántara, explicaba la táctica de aquella tarde en los siguientes términos: «Cada loma era una carga y cuando, ya arriba, los bravos jinetes del Alcántara creían logrado su objetivo y sus oprimidos pulmones aspiraban ávidos de aire por tan sostenida lucha, un nuevo ataque desde la altura vecina seguía la muerte sesgando sus vidas, y era necesario clavar nuevamente las despiadadas espuelas en los ijares de los caballos, que ya faltos de fuerza, completamente exhaustos solo rendían un remedo de galope».

Es difícil cifrar el número de cargas que disparó el Alcántara contra un enemigo muy disperso y en posiciones bien ocultas, por lo que la unidad tuvo que dividirse para mantener el empuje del combate mientras las fuerzas, o simplemente la vida, aguantaban, ya que, si no conseguía reducir la presencia rifeña, tres mil soldados serían probablemente aniquilados. Los jinetes fueron conscientes de que la vida de los setecientos del Alcántara valía por las miles

de sus compañeros. En los instantes finales de la refriega, apenas llegaban al centenar los efectivos en esa posición, a los que se habían unido veterinarios, cornetas, herradores e incluso el páter.

Aquel día, el Alcántara cumplió con la misión fundamental del Arma de Caballería: el sacrificio de la unidad para que el resto de efectivos cumpliera su misión o simplemente salvara la vida. De los 691 jinetes que amanecieran aquel día 23, sólo 67 vieron ponerse el sol, prueba del valor y el sacrificio llevados a su máxima expresión, si bien existen datos que reducen el número de bajas, aludiendo a que el Regimiento quedó bastante dividido entre diversas posiciones



Cargas del Regimiento Alcántara, de Augusto Ferrer-Dalmau

tras los combates en el cauce del Igan, lo que dificultó a su vez su recomposición con el resto de escuadrones.

Los supervivientes se integrarían en la columna de Navarro, que ese día perdió casi la mitad de sus hombres. En aquella tortuosa retirada hacia Batel se repitieron escenas de caos y desorden, aunque en menor medida, al igual que en la de Annual cuando aumentó el fuego enemigo. Desde Batel, la columna continuó su repliegue primero a Tistutín y posteriormente a Monte Arruit, donde el 9 de agosto habría de vivirse otra fecha trágica. Los soldados del Alcántara hubieron de transformarse en tropas de infantería al haber perdido gran parte de sus caballos y no poder restituirse como unidad montada. Sin embargo, siguieron dando muestras de entrega, valor y sacrificio en la resistencia de plazas como Zeluán o Monte Arruit hasta la capitulación de éstas.

El teniente coronel Primo de Rivera, que conseguiría sobrevivir a ese día 23, se reintegrará en la columna de Navarro y participará en la defensa del fuerte de Monte Arruit, donde demostró un carácter altamente combativo, alentando a la tropa con su ejemplo. Allí, el 30 de julio, un proyectil artillero le causó graves heridas en un brazo, que hubo de ser amputado, falleciendo a los seis días a causa de la gangrena. Su cuerpo fue recuperado cuatro meses después, tras la reconquista de Monte Arruit, siendo condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando a título individual y enterrado en olor de multitudes en Madrid. Hoy en día, está considerado uno de los mayores héroes de la historia de la caballería española.

El teniente coronel Primo de Rivera, ejemplo de liderazgo según el Modelo de la Armada

Tal y como se ha tratado de exponer en los párrafos anteriores, el mayor desastre militar que España sufrió en la guerra de Marruecos, con un recuento final de bajas que se sitúa en torno a los diez mil fallecidos, fue también el escenario de una de las acciones más heroicas de nuestra historia militar. La actuación y sacrificio del Alcántara permitió salvar las vidas de miles de soldados a costa de las suyas propias.

Quizás en pasajes de nuestra historia como éste, que desprende altas dosis de vergüenza propia, se trate de que el tiempo por sí mismo borre el bochorno vivido, aun a costa de enterrar también aquello que nunca debería ser olvidado. La lección que varios centenares de jinetes dieron en aquellas tristes jornadas debería ser recordada y estudiada en cualquier academia o centro de formación militar en que se trate de instruir sobre liderazgo, ya que este ejemplo es posiblemente uno de los más altos exponentes de liderazgo militar, individual y colectivo, que nuestra historia militar nos ofrece.

Para entender la actuación del Regimiento en aquellos aciagos días, es necesario investigar la figura de quien ostentó el mando en tan difíciles circunstancias.

El teniente coronel Primo de Rivera, si bien no era el jefe de la unidad, llevaba destinado en el Alcántara más de un año, habiendo entrado en combate hasta en seis ocasiones en los meses previos al desastre. Era por tanto sabedor del terreno, del enemigo y de sus procedimientos, los cuales pudo conocer en una estancia anterior de seis meses en Marruecos cuando aún era capitán. A su vez, dentro de sus funciones como segundo del Alcántara, era el jefe de instrucción de la unidad. Ello, unido a su experiencia como profesor de la Escuela Militar de Equitación en distintos empleos, explica que tuviera una intervención muy importante en esta acción, haciendo que sus jinetes reaccionasen individual y colectivamente con gran profesionalidad



El teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja. (Foto: www.wikipedia.org)

y conforme a los procedimientos del Reglamento de Caballería vigente en 1921, siendo un claro ejemplo de la implicación de un mando en el adiestramiento de sus subordinados para que éstos actúen con la mayor precisión y conforme a la disciplina operativa establecida cuando llega la hora de entrar en combate.

Pero, sin duda, como algunos de los supervivientes de aquellas gloriosas jornadas pudieron testimoniar, su ejemplo fue lo que resultó determinante para sus hombres. Primo de Rivera siempre lideraba cualquier carga en la que participara, sin buscar una posición en retaguardia bajo ninguna excusa. Tras cada embate, reunía a los efectivos supervivientes y, tras identificar un nuevo objetivo y la mejor táctica de aproximación, arengaba de nuevo a sus jinetes para lanzarse sobre el enemigo, guiándoles. Una vez más se cumple aquella máxima que afirma que el ejemplo arrastra, o como lo enunciara Francisco de Quevedo de manera más literaria:

«Cuánto es más eficaz mandar con el ejemplo que con el mandato. Más quiere llevar el soldado los ojos en las espaldas de su capitán que tener los ojos de su capitán a sus espaldas. Lo que se manda se oye. Lo que se ve se imita...»

Y de este modo, el porcentaje de bajas de jefes y oficiales del Alcántara fue mayor que el de la tropa, ya que, a diferencia de otros tristes ejemplos en otras muchas unidades en aquellos fatídicos días, la oficialidad encabezó y lideró a sus hombres en una misión en la que sabían que la muerte venía aparejada. Sin embargo, en esta historia es injusto hablar de un liderazgo único encarnado por Primo de Rivera. Setecientas laureadas individuales hubiesen sido el justo reconocimiento a todos y cada uno de aquellos jinetes que fueron conscientes de que su función era morir por un bien superior: salvar las vidas de un número mayor de compañeros. Ya lo dijo Jesucristo: no hay un amor más grande que el de dar la vida por los amigos.

Tanto Primo de Rivera como todos sus subordinados se ajustan perfectamente al *Modelo de Liderazgo* en la Armada de 2008 y a las cualidades que en él se destacan: lealtad, disciplina, sentido del deber, espíritu de sacrificio, confianza, iniciativa, adaptabilidad, energía, resolución, resistencia, presencia de ánimo y valor, mucho valor. Entre todas ellas, no identificamos sólo al mando que, de manera accidental, tuvo que dirigir a su unidad en las horas más oscuras del Ejército español en Marruecos. La mayor muestra de liderazgo en esta historia

no tiene nombre de persona, sino de unidad: el Alcántara.

Fernando Primo de Rivera fue laureado a título individual en noviembre de 1923, tras un juicio contradictorio que se le otorgó por unanimidad. Su unidad, el Regimiento Alcántara n.º 14, hubo de esperar noventa años para recibir el reconocimiento debido en forma de laureada colectiva. Su ejemplo no debería ser solamente recordado por el Arma de Caballería o por el Ejército de Tierra, sino que cualquiera que pertenezca a las Fuerzas Armadas debería al menos conocer la historia de valor y sacrificio de una unidad que ante una debacle tal supo mantenerse cohesionada y preparada para el combate, con una inquebrantable voluntad de vencer y seguir luchando mientras le quedara un halo de vida.



Sabes bizarros, de Augusto Ferrer-Dalmau



El rey Juan Carlos I impone la corbata de la Cruz Laureada de San Fernando al estandarte del Regimiento de Caballería Acorazado Alcántara n.º 10 en el Palacio Real. (Foto: Casa Real)

Reflexión final

En un discurso el pasado del mes de octubre de 2021 durante un acto celebrado en Melilla, en el que se reconocía a los caídos de la Armada en el desastre de Annual, el entonces jefe del Estado Mayor del Cuartel General de la Flota, vicealmirante Ignacio Villanueva, cuestionaba cuál sería el modo de actuación hoy en día ante un escenario similar al de julio de 1921. Si bien la Armada no tuvo un papel destacado en aquella campaña, como ya mencionamos anteriormente participó en la evacuación de Sidi Dris y Afrau en la costa. En dichas acciones, los botes del cañonero *Laya* se arriaron en medio de un intenso fuego cruzado para tratar de rescatar a sus compañeros del Ejército, lo que, de manera similar a las cargas del Alcántara en el río Igan, suponía poner la vida propia en serio peligro.

Ante este escenario, el almirante se preguntaba: «¿Sería yo capaz de hacer algo semejante? ¿Sería un valiente o un cobarde?». Probablemente, desde la tranquilidad de nuestro contexto actual, responderíamos que con valentía; pero cuando las cosas se tuercen y algunos dudan del juramento empeñado ante la

Bandera, sólo un acto reflejo y casi inconsciente que anteponga la misión y la vida de nuestros compañeros nos permitirá no desertar y actuar como se espera de todos y cada uno de nosotros.

El general de División del Ejército de Tierra Juan M. García Montaña hablaba en 2012 del valor heroico como el camino que lleva a la ejecución de hechos heroicos, que clasifica en tres fases: «... una inicial, en la que el alma vislumbra cuanto quiere realizar (concepción); el segundo, en que la voluntad asiente, o sea, la ejecución figurada, y el tercero, cuando materialmente lo consuma, la ejecución real». La clave quizás esté en reflexionar en cómo actuamos cuando sabemos que esa acción que vislumbramos, aceptamos y ejecutamos va a llevarnos a una muerte más que probable.

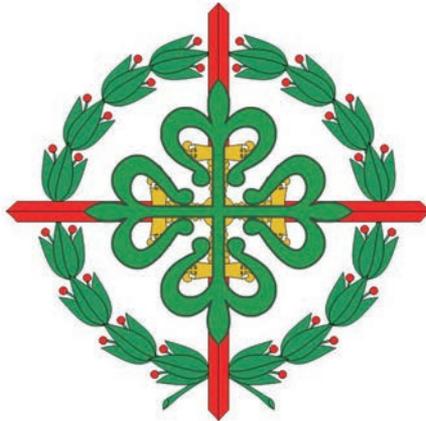
El Alcántara es un claro ejemplo de entrega, cumplimiento del deber y encarnación de un valor heroico, que no debe quedar simplemente en literatura más o menos motivadora. Piense cada uno en su nivel de responsabilidad y de ejercicio de mayores o menores cotas de liderazgo qué hace para preparar a sus subordinados para, llegada la hora, poder encarnar un hecho heroico, con alto riesgo de dar la vida. ¿Seremos capaces de ir en vanguardia de esas cargas dando ejemplo a nuestros hombres? ¿Están nuestros subordinados correctamente preparados técnica y mentalmente hoy en día para tan altas muestras de sacrificio? Que cada cual busque sus respuestas.

«En el momento trágico de la jornada roja,
en la feroz congoja de la traición horrible,
brotó la flor altiva que nunca se deshoja.
La flor de lo imposible.
¡Lanzaron los clarines magníficos clamores!
¡Llegó el momento trágico!
Los sables refulgieron con rayos cegadores.
Jinetes y caballos se irguieron voladores ante el conjuro mágico.
¡Y allá fue la epopeya!, jinete sin adarga para la empresa loca.
Alcántara es un grito que el corazón embarga.
Alcántara es delirio que va de roca en roca,
lanzándose: ¡a la carga!
Hermanos y rebeldes son carne destrozada por ansia de conquista.
¡Adelante, mientras hiera la espada!
¡Mientras el clarín vibre!
¡Mientras la Patria exista!»

(Marcos Rafael Blanco-Belmonte, poeta cordobés, 1871-1936)

BIBLIOGRAFÍA

- BELLIDO ANDRÉU, A. (2015): *El «Alcántara» en la retirada de Annual. La Laureada debida*. Ministerio de Defensa. Colección Adalid.
- DOMÍNGUEZ DEPRÁ, L. C. (2021): *La gesta del Alcántara y los valores militares*. Universidad de Granada.
- GARCÍA MONTAÑO, J. M. (2012): «El valor heroico». *Revista Ejército*, núm. 859.
- MACÍAS FERNÁNDEZ, D. (2021): *A cien años de Annual. La guerra de Marruecos*. Editorial Desperta Ferro.
- MARTÍNEZ LAÍNEZ, F. (2018): *Mientras la patria exista. Centauros del sol: pasión y muerte del Regimiento Alcántara*. Editorial Edaf.
- Exposición temporal «Alcántara, una laureada de vida». Museo del Ejército. Ministerio de Defensa, 2013.
- Regimiento de Cazadores de Alcántara n.º 14. (1923): *Que las cifras hablen. Resumen de la actuación de este Cuerpo en el mes de julio de 1921*. Melilla. Imprenta del Regimiento. Biblioteca Virtual de Defensa.
- TORRES PERAL, Tomás. (2021): *Cien años del Alcántara*. Academia de las Ciencias y las Artes Militares.



Orcas entrando en el dique del buque *Castilla* durante el Ejercicio FLOTEX-23. (Foto: Víctor Unai Fernández Carrera)

